

Hojitas de Fe

Vigilad, orad, resistid

27

II. Defensa de la Fe

Del ecumenismo a la apostasía

Una de las cosas que más le cuesta comprender a un católico en las actitudes de la Iglesia después del concilio Vaticano II, es el ecumenismo que se practica con todas las religiones: judía, musulmana, protestante, anglicana, ortodoxa, budista, animista. ¿Por qué? Por varios motivos:

- *Ante todo, porque siempre enseñó la Iglesia que sólo hay una religión verdadera, una sola religión revelada, que es la católica; mientras que todas las demás religiones son falsas, como obra que son del demonio, que se vale de ellas para apartar a las almas de su fin sobrenatural y eterno.*
- *Luego, porque todos los mártires de la Iglesia son un testimonio irrefutable de que, para salvarse, hay que profesar la fe verdadera, la fe en el Dios único y trino, la fe en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y eso hasta el derramamiento de sangre si es preciso. Los mártires no murieron por ejercer su derecho a la libertad religiosa, sino por no aceptar los dioses falsos del imperio romano, por no reconocer que tenían el mismo Dios que los musulmanes, por predicar contra las falsas religiones a fin de extender en toda la tierra la fe en Nuestro Señor Jesucristo y establecer la Santa Iglesia Católica.*
- *Finalmente, porque sólo Nuestro Señor Jesucristo es el Salvador y Redentor de la Humanidad; sólo Él es Dios; sólo Él es Sacerdote, Rey y Maestro; sólo por Él puede el hombre volver a vincularse con Dios, mediante la gracia que Él mismo nos ha merecido, y sólo dentro de la Iglesia Católica se consigue esta gracia, de la que Cristo mismo la hizo depositaria exclusiva.*

¿Cómo puede ser, entonces, que los pastores actuales de la Iglesia no vean el menor reparo en reunir las distintas falsas religiones en un mismo pie de igualdad con la religión católica, como lo hizo Juan Pablo II en Asís en 1986, y se ha seguido repitiendo desde entonces? ¿Cómo puede ser que esos mismos pastores consideren a dichas falsas religiones como medios legítimos para alcanzar la salvación? ¿Cómo explicar que, sin dejar de llamarse católicos, adopten actitudes tan anticatólicas, que llevan a las almas al relativismo en materia de religión, y, en resumidas cuentas, a la apostasía de la fe, al abandono de la religión católica?

Para intentar explicar el «sistema mental» con que se justifica semejante práctica, vamos a exponer, de manera sencilla y breve, la concepción personal que el Papa Juan Pablo II tenía del ecumenismo. Los dos Papas siguientes, Benedicto XVI y Francisco, introducen tal vez algunos matices personales a la siguiente exposición, pero las líneas generales de justificación del ecumenismo vienen a ser las mismas.

1º Los dos niveles de la religión: el superior o trascendente, y el inferior o histórico.

Para Juan Pablo II parecían existir dos niveles distintos en el orden de la religión:

- *Un nivel superior, en el que se halla la religión trascendente, esto es, la que está por encima de todos los tiempos y lugares, por encima de la historia: esta religión es para el Papa absolutamente única.*
- *Y un nivel inferior, en el que se hallan las religiones históricas, variadas, que son reflejos o destellos más o menos perfectos, pero todos igualmente legítimos, de esta religión única y trascendente. Así como el sol, que es uno solo, se mete por millones de ventanas a la vez, de modo que pareciera haber muchos soles (así sería si contáramos todas las ventanas desde las que lo vemos), así también la religión trascendente, que es única, al reflejarse en la historia, reviste mil manifestaciones distintas, según los tiempos, lugares y culturas con que el hombre intenta expresar ese reflejo o destello de lo divino, que nunca podrá expresarse adecuadamente, sino sólo de manera aproximativa.*

Tenemos, pues, **una sola religión trascendente, pero muchas religiones históricas**, destellos de la primera.

Pues bien, sigue diciendo Juan Pablo II, *en el nivel de la religión trascendente, todos los hombres se encuentran ya unidos con Dios. Por la Encarnación el Verbo se ha unido en cierto modo a todo hombre, lo quiera o no lo quiera, lo sepa o no lo sepa. Al asumir una naturaleza humana en unión de persona, Cristo ha unido a Sí, en cierto modo, a todo el que participe de esa misma naturaleza humana. Dicho de otro modo, por el solo hecho de ser hombre, uno se encuentra ya unido a Cristo, ya está redimido en El, ya forma parte de su Cuerpo místico. Y, por este lado, todos están ya salvados en Cristo.*

Pero ¿qué pasa? Que si en el nivel superior todos están unidos con Cristo, en el nivel inferior, el de las religiones históricas, los hombres se encuentran divididos. Pero eso no tiene gran importancia, pues estas divisiones son simplemente históricas, esto es, no afectan el fondo de las cosas: son superficiales, debidas a los hombres, a las fallas y pecados humanos, y se limitan al nivel histórico, a los tiempos y lugares, sin llegar a afectar al nivel trascendente, en el cual todos estamos unidos con Dios.

2º La actitud de oposición entre las religiones debe reemplazarse por una actitud de diálogo.

Por supuesto, entre todas las religiones, la católica es el destello más perfecto y acabado de la única religión trascendente; pero las demás religiones, aunque sean destellos más imperfectos que la católica, no dejan de ser destellos perfectamente legítimos de la religión única y trascendente. Si al Papa se le objetara que los judíos no creen en la Trinidad, ni en la divinidad de Jesucristo, seguramente contestaría que no es su culpa, que en su religión no han recibido más que un destello de la unidad de Dios, pero no de su Trinidad; y lo mismo con los musulmanes y demás religiones.

Pues bien, hasta ahora, pensaba Juan Pablo II, esos diferentes destellos históricos de la única religión trascendente se han considerado como **enemigos**. No habían recibido la gracia de comprender que todas las religiones, en diferentes grados, son manifestaciones más o menos perfectas de esta religión única, y por eso los hombres se han enfrentado entre sí por motivos religiosos, considerando como enemigas a las religiones distintas de la suya, y por lo tanto como debiendo ser combatidas y exterminadas.

Pero ahora, en el Vaticano II, que ha sido un nuevo Pentecostés, el Espíritu Santo ha concedido por fin a su Iglesia el comprender que estos diferentes destellos de la única religión verdadera no han de considerarse como antagónicos, sino como **complementarios**, y enriquecerse mutuamente mediante la comprensión y el diálogo. Nunca más la religión ha de ser motivo de guerras ni de luchas, nunca más.

*Y esta es la actitud que Juan Pablo II manifestaba por su ecumenismo. Para él, todas las divisiones históricas de las religiones, si bien no afectan al fondo de las cosas, a la unión que todos los hombres tienen con Dios, sí son un escándalo, esto es, una causa de que no exista la unidad que Cristo quería para su Iglesia. Esta unidad el Papa la concebía como una unidad religiosa **histórica**, esto es, en el orden del tiempo; pues la unidad **trascendente** en la religión única nunca se ha perdido, nunca ha sido dañada por las divisiones religiosas. Sí –decía Juan Pablo II–, Cristo ha querido la unidad para todos sus discípulos, mientras que nosotros, por nuestras peleas e incomprendiciones, hemos provocado divisiones religiosas. Dicho sea de paso, para Juan Pablo II, las divisiones entre católicos y ortodoxos, protestantes y anglicanos, se deben a incomprendiciones humanas, a altercados entre personas; se sitúan, pues, en el nivel de las contingencias históricas; pero en el fondo, todos, católicos y ortodoxos, protestantes y anglicanos, tenemos la misma fe en Cristo y estamos unidos a Él y en comunión espiritual entre nosotros (aunque esta comunión también admite varios grados, pudiendo ser más o menos plena).*

*Pues bien, el ecumenismo se encamina a suprimir estas divisiones históricas, primero entre los discípulos de Cristo, y luego entre los cristianos y las demás religiones. Y a esto Juan Pablo II declaró consagrarse todo su pontificado. El, como representante que era del **destello católico**, enseñaba y sostenía (o al menos así lo pretendía) toda la doctrina católica sobre la Misa, la Virgen, la Iglesia, etc.; y por ese motivo no era raro encontrar lindas páginas en que se recordaba la doctrina católica sobre alguno de estos puntos. Pero, al mismo tiempo, para ser dócil a esta supuesta gracia del Espíritu Santo, quería mantenerse abierto a las demás religiones, viendo el **destello divino que en ellas brilla**, y evitando con ellas toda actitud de conflicto o de oposición; y este es el motivo por el que, en medio de páginas perfectamente católicas, el Papa intercalaba páginas totalmente modernistas. El no veía, en su sistema mental, ninguna contradicción en estas actitudes que para nosotros son incompatibles.*

3º El ecumenismo, nueva noción de toda la realidad.

En este Ecumenismo, necesariamente, se trasluce una nueva manera de considerar toda la realidad. Juan Pablo II entendía de otra manera a Dios y al hombre, el pecado y la redención.

- Puesto que todo hombre, por la Encarnación, está unido a Cristo, el pecado ya no es lo que separa de Dios, como siempre enseñó la Iglesia. Hay una **nueva noción de pecado**, según la cual el pecado no ofende a Dios, ya que nada puede dañar la naturaleza divina; sólo daña al hombre que lo comete. Por eso, la redención ya no se ordena a expiar el pecado y reparar la ofensa infinita hecha a Dios, sino a reparar la dignidad humana, que se ha visto dañada por él.
- El **hombre** aparece entonces como el fin de la creación. Al igual que el pecado no puede quitarle nada a Dios, la creación no puede darle nada que ya no tenga; y así, Dios no puede ser el fin de la creación. El fin de la creación es el hombre: «El hombre es la única creatura que Dios ha creado por sí misma», dice el Concilio. La dignidad de la persona humana es, desde entonces, el fin de todos los esfuerzos y desvelos de la Iglesia. «El hombre es –dice Juan Pablo II– el camino que debe recorrer la Iglesia». También afirma que «Dios, por la redención, ha revelado el hombre al hombre».
- Dentro de esta óptica, todo lo que contribuya a la **dignidad de la persona humana**, a su perfección física y moral, entra dentro del fin de la creación. Y como todos los hombres ya están salvados, la parte eterna ya está solucionada; todos los esfuerzos deben volcarse a la parte temporal del hombre, para reparar las divisiones históricas que el hombre ha ido produciendo a lo largo de los tiempos. La **paz mundial** es el fin de la nueva doctrina social de la Iglesia.
- La idea de **redención** queda profundamente alterada. Ya no se la coloca en el sacrificio del Calvario, sino en la Encarnación, por la que Cristo une a Sí a todo hombre, lo quiera o no, lo sepa o no lo sepa. La redención pasa a ser una realidad universal y automática: **universal**, pues abarca a todo hombre por el solo hecho de tener una naturaleza humana, de igual condición que la que asumió Cristo; **automática**, pues todo hombre, sin necesidad de realizar ningún acto, se encuentra incorporado a Cristo, y goza ya de su gracia y amistad.
- Finalmente, se modifica la **noción de Iglesia**, que deja de ser la sociedad de los fieles cristianos, para pasar a identificarse pura y llanamente con la humanidad. La Iglesia católica es sólo «el sacramento», esto es, el signo sensible, «de la unidad del género humano», que es una unidad que va más allá de la existente en la Iglesia Católica.

Conclusión.

Es evidente que el ecumenismo es un **trastorno gravísimo de la doctrina católica**, una nueva concepción teológica que da un nuevo sentido a las palabras tradicionales. En eso estriba el gravísimo error de Juan Pablo II y de los dos Papas que lo han sucedido: en imponer a la Iglesia su visión teológica personal, prefiriéndola a la enseñanza multiselular de la Iglesia.

Esta nueva visión sólo puede llevar a un término, y es la **apostasía sistemática de los individuos y de las sociedades**; pues conduce a un rechazo formal de Nuestro Señor Jesucristo como único Mediador entre Dios y los hombres, y de la religión católica como única arca de salvación.